

Kennedy ante 1961

Ya hay un nuevo hombre en la Casa Blanca. Y pocas veces se habrá usado la expresión con tanta propiedad, pues Kennedy llega al poder simbolizando voluntariamente el acceso a la cúspide de la vida pública de una generación joven que trae nuevos ímpetus y nuevas ideas a la Administración americana. Se ha querido presentar el traspaso de poderes bajo el signo deportivo de la antorcha, pero la seriedad que el nuevo Presidente imprimió a su toma de posesión más hace pensar en el peso de la púrpura que en la liviana antorcha: porque es, en efecto, muy pesada la carga que entrega la Administración saliente, y los hombres nuevos pregonan la necesidad de afrontarla con más seriedad de lo que hasta aquí se ha hecho.

El problema económico en 1961

La situación económica coyuntural parece que es más grave de lo que se había pensado en un principio: en el mes de diciembre, la producción industrial se mantuvo dos puntos por debajo de su nivel en el mes anterior y ocho puntos por debajo del nivel máximo alcanzado en enero de 1960, tras la huelga del acero; el paro ha mostrado una anormal tendencia creciente en los últimos meses del año, alcanzando a 4,5 millones de personas en diciembre — la cifra más elevada que se ha dado en tal mes durante los últimos veinte años —, y amenaza con avanzar aún más en los primeros meses de 1961; en fin, las reservas de oro han descendido en 257 millones de dólares en los dieciocho primeros días del nuevo año, siendo de 17.510 millones en 18 de enero de 1961.

Kennedy y sus asesores económicos tienen una dura tarea por delante, agravada por el modo en que se han aireado — y aún exagerado — los problemas de la economía norteamericana durante la campaña electoral. El problema fundamental será el hacer compatible el camino de la expansión con una estabilidad de precios que viene exigida por la balanza de pagos, cuya situación está, a su vez, determinada, en buena parte, por factores más políticos que económicos.

El profesor Haberler ha señalado en

un artículo reciente que la evolución de la economía norteamericana desde la Segunda Guerra Mundial no puede considerarse como insatisfactoria: su ritmo de crecimiento ha sido, por término medio, un 3 por 100 anual, las recesiones han sido comparativamente muy suaves y la renta disponible ha aumentado sin interrupción, incluso durante los periodos recesivos, como consecuencia del funcionamiento de los estabilizadores automáticos. Ciertamente que no siempre han funcionado las medidas monetarias y fiscales con la rapidez y flexibilidad que hubiera sido deseable; pero no cabe duda de que el más grave problema, el que ha obstaculizado el mantenimiento de un alto nivel de empleo, ha sido el clima de suave, pero continuada inflación, impulsado por la fuerte organización de los sindicatos obreros.

Parece que, en este punto, la herencia de la Administración Republicana es favorable, y que la psicología inflacionista fué vencida, al menos, momentáneamente por las medidas drásticas presupuestarias y monetarias en 1959: los precios se han mantenido estables en los dos últimos años, y esto parece ofrecer sólida base a un nuevo salto hacia adelante, siempre que la nueva Administración no quiebre las expectativas de estabilidad tratando de poner en práctica algunas peligrosas promesas electorales (precios agrícolas de sostenimiento más altos, incremento de los salarios mínimos).

El problema a corto plazo...

Dejando de lado las exageraciones en que se haya incurrido en la campaña electoral al presentar dramáticamente el comportamiento de la economía norteamericana en los últimos años, lo cierto es que la nueva Administración tiene un problema coyuntural ingente que resolver, y que ha de proceder con firmeza y prudencia, sin errores, porque su actuación va a ser seguida con inusitada atención dentro y fuera de los Estados Unidos.

Si se tratara de resolver aisladamente el problema de la recesión interior, la tarea no sería difícil: según los últimos sondeos de opinión, parece que los empresarios van a mantener su inversión